

facies, cara, y oro deriva del *aurum* latino, que quiere decir cosa que brilla; porque deriva de *aura*, que entre otras cosas, significa brillo, y *aura* deriva de la raíz griega *ao*, soplar, &c.: «*rubia*» sí es palabra simple.

Veamos las palabras correspondientes del otomí á «superficie, rubia y oro,» y son *schtá, ka, kaschtá*: la primera significa cosa extendida (mas ideológica que la palabra latina); la segunda es simple como en el castellano; la tercera quiere decir superficie rubia, también mas ideológica que la latina.

De este análisis resulta que, si es un defecto que de las tres palabras citadas sean dos compuestas y una simple en el idioma otomí, lo es igualmente en el latín ó el castellano que deriva de este; porque acabamos de ver que en estos idiomas también son compuestas las dos palabras *oro* y *superficie*, y una sola simple, *rubia*.

Cuarta razón. Se dice que el otomí es tan pobre y tan bárbaro, que tiene necesidad de valerse de comparaciones materiales para expresar las ideas que se envuelven en estas otras del castellano, *espacio*, *tiempo* y *espíritu*; pero hé aquí que los griegos y los latinos, de donde deriva «el español,» se valieron del mismo mecanismo que los otomíes, es decir, que apelaron también á comparaciones materiales para expresar las ideas de que se trata.

Hé aquí la prueba: los griegos dijeron *diastema* para significar el espacio, y *diastema* quiere decir *estar en pié* y *al traves de*, porque deriva de *dia* al traves, *é istemi* estar en pié: dijeron *ironos* para significar el tiempo, y esta palabra quiere decir cosa pesada y tardía, porque deriva de *ironos*, que tiene estos significados: dijeron *pneuma* para significar el espíritu, y esta palabra quiere decir soplo, respiración.

Los latinos dijeron *spatium* para expre-

sar la idea que envuelve la palabra espacio del castellano, y aquel sonido lo tomaron los latinos de la palabra cólica *spadion*, estadio espacio, en donde se ejecutaban las carreras en los juegos olímpicos: dijeron *tempus* para expresar la idea que envuelve la palabra tiempo del español, y el *tempus* latino quiere decir algo caliente, como la ceniza, porque deriva de *tepor*, este de *tepeo* estar tibio, y *tepeo* deriva de *tefra*, ceniza: dijeron *spiritus* para designar la idea que se envuelve en el espíritu del castellano, y esta palabra quiere decir también soplo, y es una imitación clara del acto fisiológico humano, llamado respiración.

De este análisis resulta que el argumento dirigido contra el otomí es una espada de dos filos, y que si tuviera algún valor, serviría para herir los dos idiomas de la culta antigüedad.

Todavía el autor de las observaciones á mi opúsculo, para confirmar que el otomí «para expresar las ideas metafísicas recurre á comparaciones materiales,» cita la sílaba «o,» que directamente significaría retiro ó recámara, diciendo, que de esta misma palabra «o» se sirven para significar la idea de recuerdo que, según dicho autor, no alude á cosas materiales; pero analicemos esa palabra «recuerdo,» que es enteramente latina, y hallaremos que también los hijos de Rómulo apelaron á comparaciones materiales al expresar ideas metafísicas, porque dicha palabra deriva de *re*, repetición, *cor*, corazón, y *do*, dar; y aquí volveremos á descubrir que el argumento usado para confirmar las ideas del autor, no tiene el valor que le atribuye, porque pone en igual predicamento á los idiomas latino y otomí.

Quinta razón. Se dice que el otomí es bárbaro porque es tan difícil su pronunciación, que Neve tuvo necesidad de adoptar trece vocales para darse algo á entender, «y que

Nájera confiesa una inmensa dificultad.» Este argumento, si algo probara, serviría para calificar de bárbaro al inglés, por ejemplo: porque para darse á entender los ingleses tienen necesidad de quince vocales.

Sexta razón. «El otomí es bárbaro porque tiene muchos dialectos, y porque los hombres que los usan no se entienden entre sí.»

Este argumento es como el anterior, porque si fuera de gran peso, serviría para probar que el latín es bárbaro, porque los españoles, italianos, franceses y portugueses no se entienden entre sí, siendo así que sus lenguajes respectivos son unos dialectos del idioma de sus dominadores.

Sétima razón. «El otomí es bárbaro, porque no hay palabras para expresar los diversos grados de un mismo afecto, y se citan estos verbos *estimar*, *querer*, *amar* y *adorar*.

Este argumento lo único que deja entrever, es que tal vez se ha olvidado un buen número de voces del idioma otomí, cuando se le niega que tenga sonidos para expresar esa gradación; pero hé aquí la prueba de que sí los tiene, y en tanta variedad como el castellano: *ka-ma-mádi*, estimo, *né*, quiero, *mádi*, amo, *zúcrezengüa*, adoro.

Y no puede alegarse que el otomí usa de palabras compuestas para expresar esa gradación, porque el latín, de donde ha tomado el castellano los verbos que se citan, ha hecho exactamente lo mismo: vamos á la demostración. *Estimo* viene de *æs*, bronce, moneda, y de *imus*, bajo; amo deriva del griego *omos*, igual; adoro viene de *ad*, junto, y de *oro*, suplicar, pedir, y oro viene de *os*, boca.

Ahora veamos la etimología de las palabras otomíes: la primera significa *tiene mi amor*; la segunda significa simplemente *yo amo*; la tercera significa *salutación de res-*

peto: compárese la ideología latina con la otomí, y si se juzga con imparcialidad se hallará la ventaja de la parte de la última, y reconociendo la filosofía de dicho idioma, se confesará que no se puede calificar de bárbaro.

Octava razón. «Se dice que el otomí es bárbaro porque no están bien determinadas las partes de la oración, y no lo están, porque una misma palabra ya es sustantivo, ya adjetivo, ya adverbio.

Esto es muy cierto; pero nunca se pronuncian del mismo modo, y la diferencia en la entonación, el lugar que ocupa con oración, la palabra con quien se junta en la oración, el antecedente y el consecuente, ocupan en este idioma el lugar de las desinencias, sufijos, &c., que usan otras lenguas para hacer que un mismo sonido denominado *raiz*, signifique diversas cosas ú objetos.

Y este argumento, basado en un ejemplo del P. Nájera, y que él imaginó para demostrar una dificultad, y no para lo que aquí se le aduce, parece que se hace con mal intento, porque si tuviera la fuerza que se le ha supuesto en varios pasajes de las observaciones que vengo examinando, él serviría para demostrar el barbarismo de cualquier idioma, por ejemplo: el inglés, de donde tomó acaso la palabra *fit*.

En inglés *fit* significa paroxismo, enfermedad, ataque, capricho, y aquí tenemos el *fit* funcionando como sustantivo; también significa *apto*, idóneo, hábil; y aquí le tenemos funcionando como adjetivo; por último, significa ajustar, acomodar, igualar, convenir, y ya le tenemos funcionando como verbo.

Todos estos significados son en verdad muy disímbolos, y sin embargo, ningún inglés de mediana instrucción confunde el valor que tiene esta palabra en la secuela de

un discurso, á no ser que de intento se forme una oracion como la que se cita del otomí, que no es exacta, pero que, repito, tal como se la ha escrito, *na nño nño ye na nño, he nño*, porque entónces el inglés que escuchara esta jeringonza *the fit is fit to fit fit it fit*, de seguro que se quedaria tan en ayunas de lo que se le quiso decir, como el otomí que escuchara la jeringonza que se alega para probar que es bárbaro; y como iguales jeringonzas se pueden inventar en todos los idiomas, cuando se quiere jugar con sus palabras, resultaria que el argumento que se pone en juego para demostrar que el otomí es «una jeringonza bárbara,» serviría igualmente para demostrar que todos los idiomas son bárbaros.

Novena razon. «Se dice que el otomí es bárbaro, porque el nombre no tiene desinencias para expresar los géneros, casos, &c.» Si esta carencia es defecto que arguya barbarismo para el otomí, lo seria igualmente para todos los idiomas neolatinos, y el inglés no tiene mas que dos artículos para distinguir los géneros; los otros no tienen desinencias para distinguir los casos: ni se diga que suplen esos defectos, si tal pueden llamarse, con artículos y proposiciones, porque el otomí tambien tiene esas categorías, pocas, pero suficientes para su admirable sencillez.

Décima razon. «El otomí es bárbaro, porque no tiene conjugacion,» es decir, porque dice *yo amo, tú amo, aquel amo, nosotros amo, vosotros amo, ellos amo*; pero, aquí tenemos la lengua de Shakspeare, Milton y Byron, que conjuga como el otomí, puesto que dice como este en el tiempo que se llama *imperfect tense*: *I did love*, yo hacia amo; *thou didst love*, tú hacia amo; *he did love*, aquel hacia amo; *we did love*, nosotros hacia amo; *you did love*, vosotros hacia amo; *they did love*, ellos hacia amo; ¿y se podrá llamar

bárbaro el lenguaje de la Gran Bretaña, y del pueblo gigante del Norte, tan solo por esta circunstancia? la respuesta la dejo á la consideracion de los que me escuchan, y de los que lean.

Ni es cierto que carezcan de los tiempos del modo subjuntivo: tiene todos sus modos que le son peculiares y le bastan para expresar todas las ideas que se quiera.

Como prueba de mi aserto, analizaré la frase que se aduce para demostrar la suma pobreza del otomí, su barbarismo y falta de ideología: «quiero hacer:» el otomí es verdad, dice «quiero haré;» pero así anunciando el pensamiento de la frase castellana y sin ambages de ninguna especie, el otomí va al fondo de la cuestion ideológica; porque todo el que conoce la gramática general, sabe que los llamados infinitivos del latin, español, &c., equivalen á todos los tiempos y personas de los modos indicativo y subjuntivo, y entre estos está el futuro de indicativo y su primera persona: ahora, basta reflexionar un momento sobre la idea que encierra la frase «quiero hacer,» para convencerse que no se trata de anunciar una accion pasada, ni una accion que ya se está ejecutando, sino una accion futura, exactamente lo que dice el otomí en su «quiero haré;» es decir, quiero trabajar, por ejemplo, y lo haré dentro de un momento, mañana ó dentro de un año.

Undécima y última razon. «Es bárbaro, porque los adjetivos hacen funcion de adverbios. A este argumento solo se debe responder que en el alemán el adjetivo desempeña la misma funcion, y nadie que yo sepa, ha pensado por esta causa llamar bárbaro el lenguaje de Schiller, Goëthe y de Humboldt; ni tampoco se ha pensado en llamar así el idioma del Lacio, que tambien incurria en el pecado mortal de usar como adverbios los adjetivos.

Hasta aquí, como lo anuncié al principio de este trabajo, he tomado en consideracion cada uno de los argumentos hechos por el autor de las observaciones á mi disertacion sobre el otomí; ahora, los que me escuchan ó lean esta respuesta á dichas observaciones decidirán de qué lado está la razon, si del padre Nájera ó del Sr. Pimentel, diciendo el uno que tiene «algo de sublime» cuando se reflexiona sobre la lengua en cuestion, y diciendo el otro que léjos de tener algo sublime, es una «jeringonza bárbara.»

Para concluir, voy á tocar como lo ofrecí al principio, la segunda observacion para mí, y la primera para el Sr. Pimentel, es á saber:

«Ni el otomí ni las lenguas en general son creacion del hombre, sino de Dios.»

A esta observacion debo responder, que el principio de donde parte el autor de las observaciones, es falso á todas luces; por tanto, destruida la base, el edificio de su argumentacion tiene que caer hecho pedazos.

He aquí la demostracion.

De esta definicion asentada por Platon «el pensamiento es la conversacion del espíritu consigo mismo,» se ha deducido esta consecuencia; «luego para hablar es preciso pensar.» Esta deduccion no es lógica ni puede asentarse como una conclusion universal, porque no es otra cosa que una inversion de la proposicion del filósofo griego, propagador de las ideas innatas de quien ya nadie se ocupa, por estar demostrado que estas ideas solo eran uno de los muchos sueños de aquel filósofo, y la conclusion no es otra cosa que una inversion cambiando el predicado «conversacion del espíritu consigo mismo» en el verbo *hablar*; se hace patente de esta inversion observando que Platon define: «el pensamiento es la con-

versacion del espíritu consigo mismo;» cambiando los nombres en sus verbos y alejando los adornos de la oracion, queda en toda su sencillez la definicion de esta manera: «pensar es hablar.» De esta frase, que se puede llamar tambien una proposicion, el autor de las observaciones forma este juego de palabras: «luego hablar es pensar» y pensar es hablar;» y dejo al autor de las observaciones la libertad de considerar la proposicion de Platon como universal ó como particular, porque en ambos casos la conversion que ha hecho de una manera universal, lo ha conducido á una falsedad; para convencerse de esto no hay mas que recordar las reglas de la lógica, para saber que las proposiciones universales, para que sean verdaderas despues de convertidas, es necesario que pasen á particulares; y que las proposiciones particulares, para quedar verdaderas despues de hecha la conversion, deben quedar particulares.

Hasta aquí, con solo las armas de la lógica, la base de la argumentacion, para probar «que las lenguas no son invencion humana, sino divina,» queda destruida, y por lo mismo tambien los raciocinios que sobre ella se fundan. Y si el autor de las observaciones quiere convencerse de que la proposicion del filósofo de los bellos sueños no encierra una idea universal, y que su conversion de la proposicion de Platon no es mas que un juego de palabras, puede ir al hospital de los dementes, en donde observará los espíritus de aquellos desgraciados en conversacion consigo mismos, y sin embargo, las frases incoherentes que salen de los labios de aquellos hombres, no puede decirse que sean la expresion de pensamientos en el sentir de Platon y de la sana filosofía.

Si quiere convencerse de que «para pensar no es preciso hablar, puede estudiar lo

que son los sordo-mudos, y cómo expresan sus ideas; puede observar las acciones de los animales; de un perro, de un caballo, de un elefante, y se convencerá de que esas acciones dimanen de pensamientos, y sin embargo, no hablan.

Ahora, si yo quisiera seguir resolviendo esta cuestión, según mi modo de ver, tendría que repetir las razones que he asentado en mi primer discurso que puede leer y meditar el Sr. Pimentel, así como las que he venido sembrando en esta respuesta á sus observaciones: mas, esta repetición sería inútil é infructuosa; por tanto solo debo agregar, que partiendo yo de un polo, y el Sr. Pimentel del otro, y dirigiéndonos á un mismo objeto, es claro, que al llegar á este punto común, forzosamente tuvimos que chocar como hemos chocado, sin intención de mi parte, porque ignoraba que el Sr. Pimentel hubiese escrito un libro intitulado «Lenguas indígenas de México,» libro donde asienta esa misma proposición de que las lenguas son de origen divino y no obra del hombre, y donde cita las mismas autoridades que ahora me oponen: pido perdón de mi ignorancia, pero recuerde el autor de ese honroso trabajo, aquello de que «*non omnes posumus omnia.*»

El Sr. Pimentel parte de la enseñanza inmediata de los idiomas por el mismo Dios á los hombres, y yo parto del aprendizaje del hombre por sí mismo, observando la naturaleza, poniendo en acción los órganos que le son propios, y procurando externar los pensamientos nacidos en su conciencia, en el interior de su *sér uno, cuerpo y espíritu*, por medio de sonidos imitados de todo lo que forma un ruido, de todo lo que tiene una voz en este mundo, en donde todo está relacionado de tal modo, que lo particular no puede existir sin el gran todo.

El Sr. Pimentel me combate con auto-

ridades que raciocinan según su modo de ver, y por eso las acepta como suyas; y yo he manifestado mis opiniones apoyándolas solamente en el fruto de mis pocas observaciones sobre la Naturaleza, que es la única intérprete de todas las lenguas; y anunciando el fruto de mis reflexiones sobre los muy pocos idiomas que he estudiado, leyendo su gramática y cualquier libro escrito en el idioma respectivo; y lo digo con verdad, tengo sentimiento de no poder citar ninguna autoridad, aunque fuera la del Sr. Herder, de quien habla el Sr. Pimentel en sus observaciones, porque yo citaría las razones que dió en el sentido que yo pienso antes de haberse arrepentido según dice el mismo Sr. Pimentel: mas esta omisión depende de que por falta de recursos no figura entre los pocos libros que poseo, ninguno de Filología.

Por otra parte, ha dicho el Sr. Pimentel con mucha verdad: «hoy, todo hombre tiene la libertad de expresar sus opiniones, con tal que lo haga con dignidad y decencia:» yo participo del mismo parecer, y por esta causa dejo á dicho señor en su creencia, de que el lenguaje haya sido enseñado por Dios directamente á los hombres; pero en cambio deseo que á mí se me deje esa misma libertad de permanecer en mi creencia, de que las lenguas en general son obra del hombre mismo, como lo son la escritura, la arquitectura y la pintura, que todas se reducen pura y sencillamente á manifestaciones exteriores del espíritu humano, obras que con justicia lo enaltecen: en verdad quiero que se me deje en libertad para permanecer en esta creencia, de que necesariamente tenía que salir de sus labios, como sale de la garganta de los pájaros el canto, como salen de la boca de los demás animales las mil y mil voces con que expresan sus goces, sufrimientos y pasiones: co-

mo aparecen los bellos colores de las plantas y se difunden sus aromas en el océano de la atmósfera, todo esto como una consecuencia de las leyes que nacen del admirable conjunto del Universo, y esto sin detrimento alguno del gran Espíritu universal, «en quien vivimos, nos movemos y somos.»

Por último, tengo que manifestar al Sr. Pimentel que aprecio en todo su valor el modo con que sabe tratar las cuestiones científicas, y suplicarle que emplee sus vastos conocimientos y los tesoros de su rica biblioteca, en clasificar, como he dicho en mi pequeño opúsculo, las lenguas de nuestro continente, determinar bien su origen, establecer familias, géneros y especies, olvidando en esta inmensa, pero grandiosa cuestión, aquella

otra de si son invención divina ó humana: la solución de este problema científicamente, está reservada al porvenir, y cuando llegue ese día, que no creo esté muy lejano, nuestros pósteros darán la razón á quien la tenga: yo con los elementos de que dispone el Sr. Pimentel, con gusto me dedicaría al trabajo que le suplico emprenda, y de ningún modo me ocuparía un solo instante en calificar de bárbaro á ningún lenguaje humano, porque derivados de Dios inmediatamente ó mediatamente del hombre, su mejor criatura, todos llevan el sello de la grandeza, y pueden inspirar el sentimiento de lo sublime.

México, 4 de Setiembre de 1872.

G. MENDOZA.

MEMORIA DE LA COMISION DE ESTADISTICA

SOBRE EL

ESTADO DE SAN LUIS POTOSI,

PARA LA FORMACION

DEL DICCIONARIO GEOGRAFICO, POR LOS SOCIOS FRANCISCO MACIAS Y JOSE MARIA FLORES VERDAD.

La comisión de estadística cumple con una de sus obligaciones al presentar sus trabajos sobre la formación del Diccionario geográfico, por lo que respecta á los nombres de las poblaciones del Estado que comienzan con la letra A. La comisión conoce, la primera, que sus trabajos son pequeños ó imperfectos; pero debe disculparse en vista de las razones que pasa á exponer. Si consultamos los datos oficiales publicados en el periódico del gobierno,

nada ó muy poco encontraremos conducente al objeto, cuando mas el nombre de la cabecera del municipio, y la población de él. Y es de sentirse que fuera del periódico oficial no haya otras publicaciones que consultar. Así, todo queda á la investigación individual. La comisión ha consultado cuantos datos ha podido, ocurriendo á publicaciones antiguas y modernas y á relaciones amistosas. De toda ella, ha recogido el fruto que tiene la honra de presentar.